

Los ingleses

llaman

a la puerta

del Mercado

Común

Bajo los follajes dorados de Hyde Park, los británicos practican ahora un juego que, hasta ahora, no había cruzado la Mancha: la petanca. En el Metal Exchange, de Londres, la tonelada métrica ha sustituido a la tradicional tonelada larga inglesa. Y el Banco de Inglaterra ha decidido convertir la moneda al sistema decimal: la libra esterlina ya no se divide en doscientos cuarenta peniques según la tradición, sino en cien «nuevos peniques».

UNA NECESIDAD ABSOLUTA

Gran Bretaña se aproxima poco a poco a Europa y se dispone a realizar una serie de cambios revolucionarios para poder lanzarse rápidamente a la gran aventura del Mercado Común. Todos los que cuentan en el «establishment» británico están convencidos, en efecto, de la absoluta necesidad de adherirse al tratado de Roma. Pero no puede decirse que ocurra lo mismo con la opinión pública del país. Un sondeo que se lleva a cabo ahora mismo en Gran Bretaña daría una aplastante mayoría a los adversarios de la adhesión. Cansado de esperar durante años a la puerta del Mercado Común, el inglés medio es muy sensible a los argumentos de los ultraconservadores tipo «Daily Express», que profetizan el hundimiento definitivo de lo que queda de la Commonwealth el día en que Gran Bretaña se adhiera definitivamente. Como también lo es a los argumentos de la izquierda laborista y de políticos tales como el ex ministro Douglas Jay, que prevén un alza vertiginosa del coste de la vida en que las amas de casa no puedan ya adquirir mantequilla neozelandesa rebajada y tengan que recurrir a la francesa, por ejemplo, mucho más cara. En cuanto a Harold Wilson, jefe de la oposición laborista, el «Financial Times» le acusa de disponerse a cambiar de chaqueta. Por razones de política interior, el ex primer ministro se muestra ahora enemigo del Mercado Común, del que era acérrimo partidario antes de perder las últimas elecciones y el poder en la primavera pasada.

No obstante, ni el Gobierno, ni los patronos, ni la City se dejan influir por la oposición de la opinión pública o de las minorías de izquierda o derecha que se manifiestan en los Comunes; en esos círculos se considera casi unánimemente que la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común constituye una necesidad absoluta. Según todos mis interlocutores londinenses, el objeto de la negociación con los Seis no es tanto decidir si Gran Bretaña debe o no debe ratificar el tratado de Roma, pues es algo que ha de hacer, sino saber si las condiciones y el precio de la operación entran dentro de sus actuales posibilidades.

Sólo después de un análisis en profundidad de la situación económica y financiera de Gran Bretaña han llegado sus dirigentes a la conclusión de que el país no tiene otra

salida que la adhesión. En Londres se han estudiado y confrontado los índices de crecimiento de la renta nacional en Gran Bretaña y en los países miembros del Mercado Común en el curso de los últimos años, y se ha constatado el estancamiento que representa dicho aumento en Gran Bretaña, ya que es sólo de un 3 por ciento; es decir, aproximadamente la mitad que en el continente. En lo que se refiere al año que termina, la confrontación presenta un aspecto todavía más desfavorable, con un índice del 1,5 por 100 en Gran Bretaña, contra el del 6 por 100 registrado en la Europa de los Seis.

EL LATIGAZO

En el sector de los intercambios exteriores, el fenómeno es idéntico. Desde 1958, fecha de entrada en vigor del tratado de Roma, las exportaciones de Gran Bretaña han aumentado en un 90 por 100; las del Mercado Común, en un 250 por 100. Hace unos días, el presidente de los patronos británicos, Mr. Adamson, declaraba en Birmingham: «Los ingresos «per cápita» británicos eran, hace diez años, los más altos de Europa. Si continúa el ritmo actual, serán los más bajos en mil novecientos ochenta». Según Cyril Kleinworth, presidente de Kleinworth and Benson, uno de los principales Bancos de negocios británicos, la City es totalmente partidaria de la entrada en el Mercado Común, porque será un latigazo saludable que obligará al país a salir de las dificultades en que se debate actualmente.

De hecho, los Bancos, los negocios internacionales y los seguros que, desde hace siglos, hacen prosperar a la ciudad, no sólo consideran la entrada en el Mercado Común como la terapéutica más apropiada para curar a Gran Bretaña de su ya larga enfermedad; opinan igualmente que dicha medida ampliará su radio de acción y hará que aumenten sus beneficios, facilitando la firma de importantes acuerdos con grupos privados del continente. En un Mercado Común ampliado, la City se convertiría en centro de todas las actividades comerciales y financieras. Y a más largo plazo, si se concretaran los actuales proyectos para una moneda europea, la City podría desempeñar un papel considerable en la puesta a punto de una divisa que sería una gran competidora del dólar en las transacciones internacionales.

En los medios patronales se cree que Gran Bretaña no tiene nada que perder, y, por el contrario, tiene mucho que ganar con su integración en el Mercado Común. En efecto, a pesar de las vicisitudes económicas del país, numerosas firmas británicas de primer plano disfrutan de un potencial competitivo superior a las del continente. Es verdad que la Rolls-Royce (reactores de aviones) está atravesando una crisis, de la que sólo podrá recuperarse con ayuda del Gobierno, y la industria automovilística sufre igualmente graves dificultades: lord Stokes, presidente de la British Leyland, declaró recientemente que si pudiese dimitiría de su puesto y se dedicaría a vender helados por las calles. Todo lo cual no impide que otros grupos, como la Imperial Chemicals, la General Electric, la R.T.Z. o la I.C.L., figuren entre las primeras firmas de toda Europa occidental en sus respectivas especialidades.

MANTEQUILLA Y AZÚCAR

Sólo algunas sociedades se muestran hostiles al Mercado Común, en espe-

cial las compañías que emplean una importante mano de obra y temen un aumento del coste de la vida, que ha de repercutir necesariamente en los salarios. Es el caso de determinadas firmas textiles, de la mayor parte de los grandes astilleros navales y de empresas de tipo medio, que no creen poder aumentar sus exportaciones hacia Europa. Se calcula que un 70 por 100 de los jefes de empresa están a favor del Mercado Común y sólo un 30 por 100 en contra.

Ahora bien, el precio a pagar por el ingreso en el club europeo será alto; nadie se hace ilusiones al respecto. Se estima que la carga suplementaria que pesará sobre la balanza de pagos británica será del orden de los mil millones de dólares anuales. Para un país que tiene ya una enorme deuda exterior de veinte mil millones de dólares, esa carga puede ser fatal y provocar muy rápidamente una nueva devaluación de la libra esterlina. De hecho, muchos se preguntan si el Gobierno británico no devaluaría la moneda antes de entrar en el Mercado Común, anticipándose con ello a un proceso inevitable. Y en efecto, el canciller del Exchequer, mister Barber, ha elaborado recientemente un programa financiero de saneamiento que podría aplicarse próximamente y que entrañaría restricciones de crédito y disminuciones de gastos presupuestarios. ¿Bastarían estas medidas para aguantar las presiones inflacionistas que se traducen por un alza de los precios, que en 1970 ha sido de un 8 por 100? ¿No tendrá que recurrir Gran Bretaña al Mercado Común para consolidar sus posiciones?

Además del peso financiero que comporta la entrada en el Mercado Común, plantea problemas agrícolas bastante delicados de resolver; el más importante es el de la supervivencia de Nueva Zelanda, cuyas exportaciones alimenticias van casi exclusivamente

a la Gran Bretaña (el 95 por 100 de las importaciones de mantequilla). Está también el problema del azúcar: actualmente, los británicos se abastecen mayormente de azúcar de caña procedente de los países tropicales de la zona de la libra esterlina (Caribe, isla Mauricio). Tampoco en este sector las negociaciones con Europa prometen ser fáciles.

UNA FECHA PRECISA

Pero a pesar de todos estos y otros obstáculos, los británicos están decididos a continuar el camino iniciado. Las negociaciones deben entrar en su fase decisiva durante las próximas semanas. Ya vemos cómo se multiplican los contactos entre ministros franceses y británicos. En el espacio de unos pocos días se han reunido en París Maurice Schumann y el británico Geoffrey Rippon, encargado de Asuntos Europeos, mientras que Valéry Giscard d'Estaing y su homólogo, Samuel Barber, lo hacían en Londres. El 20 de noviembre, Michel Debré recibió a lord Carrington, ministro de Defensa británico; hablaron de la cooperación militar entre sus países. Y ahora se reúne John Davies, ministro de Industria y Comercio, con su colega francés M. Mondon para tratar los problemas del Airbus y el Concorde.

A partir del primero de enero, fecha en que Francia iniciará su período de seis meses al frente del Consejo de Ministros del Mercado Común, los interesados habrán de asumir sus responsabilidades colocando las cartas sobre la mesa. En Londres ya se habla de una fecha precisa para el ingreso en el Mercado Común: el primero de julio de 1972. Pero aún queda por hacer lo más difícil. Habrá que conciliar lo inconciliable para llegar a un compromiso. ■ JACQUES MORNAND.

